

PEREGRINO

Esa mañana nos levantamos algo tarde. Mi esposa se afanaba en preparar la mamadera de nuestro pequeño hijo, mientras yo me afeitaba.

Después que todos desayunamos, ella salió a barrer el patio. Yo la seguí, y al asomarme a la puerta pregunté, extrañado:

- ¿Qué es eso Ana?

Indiqué hacia el rincón donde estaba el lustrín de zapatos. En su interior había un bulto pequeño de color café rojizo. Mi esposa se acercó a él con cuidado; y exclamó, asombrada:

- ¡Es un gato pequeño!

- ¡Es verdad! - añadí, acusando también el impacto de tal descubrimiento.

Estaba acurrucado sobre un paño con el cual sacábamos brillo a nuestro calzado. Aparentemente dormía.

- ¿Cómo habrá llegado hasta aquí? - preguntamos casi al unísono. Nuestras mentes se llenaron de conjeturas; mientras el diminuto felino yacía inmóvil en aquel lecho que, seguramente, encontró en medio de la fría y oscura noche.

- Probablemente alguien lo introdujo por nuestra reja - dije, saliendo de mis reflexiones.- Es lo que la gente suele hacer cuando su gata da a luz cuatro o cinco cachorros que sus amos no podrán mantener.

- Debe ser así - confirmó mi esposa -. Pero ... ¿acaso nos quedaremos con él?

No respondí. En realidad, ambos nos habíamos hecho el propósito de no criar ningún animal doméstico hasta que nuestro hijo tuviese tres años de edad. Ahora apenas tenía cinco meses. Volví a entrar en la casa y me quedé observándolo, pensativo. Allí estaba él, pequeño y frágil, durmiendo en su cuna. ¡Cuánto cariño y protección necesitaba! Para eso estaban sus padres, que no permitirían que algo malo le pasara. Pero ... ¿quién cuidaría del cachorro recién llegado, si ni siquiera sabíamos donde estaba su madre? No debía tener más que unas semanas de vida. En ese momento, la voz de Ana interrumpió mis reflexiones, al bromear:

- Si demuestra buena conducta, dejaremos que se quede -. Reímos juntos.

Tácitamente, habíamos resuelto dejar la decisión definitiva para más tarde.

Un par de horas después ya casi había olvidado lo ocurrido, hasta que el llamado de mi esposa me sobresaltó:

- ¡Raúl, ven pronto!

Acudí con rapidez hacia el patio. Ana estaba en cuclillas frente al gatito, mirándolo fijamente.

- ¡Está ciego!

Su revelación fue como un golpe de puño en mi pecho, dentro del cual se produjo un tormentoso eco que repetía: ¡Está ciego!... ¡Está ciego!

Cuando logré reponerme de la impresión, me atreví a mirarlo de cerca. Efectivamente, sus párpados estaban cerrados y cubiertos parcialmente por una capa de materia infecciosa. Tragué saliva con esfuerzo. No esperaba que nuestro fin de semana terminara de esa manera. Me pareció que el día se había oscurecido.

El felino, por su parte, dio unos pocos pasos hacia mí, y luego se quedó muy quieto; como esperando algo. ¿Buscaría a su madre? Si antes había dudado sobre la idea de conservarlo, ahora me resultaba menos agradable considerarla. Sin embargo, no pude evitar que una intensa compasión me embargase. Respiré profundamente y volví a entrar en la casa.

- Debe tener hambre - dijo mi esposa. Le daré un poco de leche.

- ¡Buena idea! - exclamé, tomando en brazos a mi hijo. Cuán feliz me sentí de que él sí pudiera contemplarme con sus traviosos ojos oscuros. Lo estreché contra mí, y sonrió complacido.

Mi amor - me dijo Ana, con su rostro iluminado por una alegría súbita -, se me ocurre algo que puede resultar. Cuando llegue mi mamá, le pediré que me ayude a echarle de esa pomada que le recetó el médico a nuestro pequeño, para curar su conjuntivitis.

- Me parece muy bien - manifesté esperanzado -. Quizá con eso pueda recuperar la visión.

- ¿Cómo lo llamaremos? - me preguntó.

- ¿Cómo lo llamaremos? - repetí; y me quedé pensativo, luego de sentar a nuestro hijo en su coche.- Ya sé ... le pondremos "Peregrino", pues no sabemos de

donde viene y suponemos que va en búsqueda de un hogar.

Tras el transcurso de unos minutos, me despedí y salí rumbo al centro de la ciudad.

Al regresar, encontré a mi esposa y a su madre afanadas en curar al nuevo habitante de nuestra casa.

- Bien - dijo mi suegra -, ya hemos hecho lo posible. Si Dios permitió que llegara hasta aquí, debe ser por su bien. Conservemos la fe en que sanará.

- ¡Amén! - confirmamos nosotros, y nos dispusimos a almorzar; sin que la preocupación nos abandonara por completo.

Ya casi anocheecía cuando mi esposa nuevamente me llamó; indicando que me acercara sin hacer ruido, hasta el ventanal que daba al patio. Desde allí pudimos atisbar, procurando no ser descubiertos, a una gata que, con cierto temor, avanzaba hacia el lustrín. Peregrino salió a recibirla y ella le dio de mamar.

- ¡Es la mamá! - exclamó Ana, gratamente sorprendida. Asentí sin decir palabra.

Unos minutos más tarde la misteriosa cuadrúpeda se retiró corriendo hacia la calle. Peregrino la siguió, entusiasmado, y ya no volvimos a verlo.

- ¿Se habrá ido para siempre? - pregunté a mi esposa, como si ella pudiera darme una respuesta acertada.

- Puede ser - respondió -. Tal vez sea mejor que esté con su madre.

- Si alguien se preocupa de su enfermedad. En fin; es mejor que nos olvidemos de él - dije, poniendo fin al asunto.

Al día siguiente, al llegar desde mi trabajo, lo primero que hice, después de saludar a mi familia, fue preguntar por Peregrino.

- Vino al mediodía - respondió Ana -. Le di leche y volví a curarlo. Lo bueno es que pudo abrir el ojo derecho y está comenzando a abrir el izquierdo.

Me apresuré para verlo en el lugar acostumbrado, pero ya no estaba allí.

- Se fue otra vez con su madre - continuó mi esposa -. No ha vuelto desde entonces.

Y no regresó más. Me alegró el saber que había recuperado la vista, pero lamenté no verlo antes de su partida definitiva.

Pasaron tres meses hasta que, una tarde en que me dirigía a mi hogar, lo vi; acostado sobre el césped de un jardín. Pude reconocerlo a pesar de que había crecido bastante.

- ¡Peregrino! - lo llamé, acercándome a la reja tras la que se hallaba. Se irguió sobresaltado, y se quedó observándome, a la expectativa. Al fin pude cumplir mi deseo de contemplar sus ojos sanos. Allí estaban, fijos en mí, completamente limpios, llenos de vida y de luz.

Luego de unos segundos, en que ambos permanecimos inmóviles, un niño pequeño salió al trote de la casa a la cual pertenecía el jardín; tomó a Peregrino y, mirándome con severidad, me advirtió:

- ¡Es mío!

- ¡Claro que es tuyo! - le dije, y le sonreí amablemente. El también sonrió, ya más tranquilo.

- ¡Cúidalo mucho! ... ¡Adiós! - me despedí de él, y proseguí mi camino, plenamente satisfecho.